



Madrid 23 de Abril de 1893

AÑO I

Número 23 ilustrado

OCHO DÍAS

Los pasados nada de nuevo nos han hecho sentir, si se exceptúa la horrorosa tormenta del jueves que produjo una conmoción general entre todos los madrileños. La naturaleza se adelanta. Hace lo contrario que nuestros gobiernos, siempre retrasados.

Digo que se adelanta la naturaleza, porque pone en los cielos, en guisa de anuncio, algo de lo que habrá pronto en la tierra española. Percibimos todos ese malestar, ese bochorno que antecede á las tempestades y que lleva naturalmente al pronóstico de los truenos y de los relámpagos. Se acumula en nuestro país mucha electricidad, y al cabo ocurrirá que el fluido condensado en el espacio producirá el tableteo estremecedor que amedrenta á los pusilánimes, y sobre el fondo negro de esta sociedad indiferente, resaltarán los vivos fulgores de los relámpagos revolucionarios.

No se hostiga impunemente a los pueblos; no se acusa á los ciudadanos sin sufrir grandes consecuencias. Por lo mismo, el menos lince, conociendo las circunstancias actuales de nuestro país, puede presagiar la tempestad próxima que de seguro ha de destruir lo que en la cumbre social se encuentra. ¡La monarquía no puede tener pararrayos!

* * *

El otro día se escaparon unos toros. Los pobres animalitos iban al matadero como van los contribuyentes á las oficinas de Hacienda; dispuestos para el sacrificio. Pero, en el camino, cambiaron de opinión, como cambian los psibilistas, y echaron á correr con la velocidad de los empleados monárquicos que huyen en compañía de fondos públicos.

Los toros produjeron varias desgracias. Mayores las han ocasionado algunas casas reinantes. Los cornúpetos perecieron á tiros. Justo castigo á su perversidad, como de otros *seres vivientes* escribió un personaje político, en tiempo aficionado á los pasquines, y conste que no aludo al ministro de Marina.

Después de los toros escapados no ha habido durante los pasados días más desgracias que las aprobaciones de una porción de actas de diputados, elegidos contra la opinión de los distritos que representan.

* * *

Las actas graves y las actas leves, han seguido clasificándose. Por cierto que muchas de las leves tienen una gravedad, que ni la del cólera. ¿De qué sirven las protestas de los candidatos atropellados? ¿Para qué las alzadas de los electores ante las Comisiones del Congreso, si al fin reciben la función de la mayoría, todos los vejámenes propios de las votaciones en España? Para nada, en último término, porque resulta al cabo que los *pucherazos* son aprobados, y que los sofisticadores pasan por el Congreso como el rayo de sol por el cristal. ¡Actas leves! ¡A cualquier cosa llaman leve estas patronas!

Haciendo la vista gorda, llegará el Congreso á su constitución. Pero su constitución será enfermiza, constitución pobre, digna de la tuberculosis que impera en ciertos organismos.

Después de todo, importa poco el que las actas lleguen á puerto. El desastre será general en breve. Por de pronto, ya se anuncia que no será posible discutir los presupuestos. La verdad es que para tal viaje no necesitábamos Gamazos. ¿A qué quedará reducida la labor del Parlamento? A nada, entre dos partidos monárquicos.

Y, sin embargo, nuestras esperanzas son cada día mayores. Después de la tormenta vendrán la paz y la regeneración *Post nubila.....* la República.

TRISTAN.

LO QUE DEBE LEERSE

LA FEA

(NOVELA ORIGINAL DE D. LUIS ANSORENA)

Mi respetable amigo y queridísimo correligionario D. Antonio Sánchez Pérez, en un artículo—que con decir que es suyo no hay para qué añadir que es modelo de buen decir y de aticismo—publicado en la última hoja literaria de *El Imparcial*, se burla, con la donosura que él sabe hacerlo, de la costumbre, deplorable por cierto, en que ha caído la prensa, de no dar importancia, las más de las veces, á otra crítica que á aquella que se refiere á los espectáculos teatrales.

De aquí proviene el que mientras no falta en diario alguna columna ó columna y media para ocuparse, infaliblemente al día siguiente del estreno de la más insignificante piececilla que se representó, á veces con dudoso éxito, en un teatro de segundo orden, el libro que merece leerse y en el que puede aprenderse mucho, duerme días y días en la mesa de las redacciones, esperando una mano, no siempre docta, que como á Lázaro le diga: *Levántate y anda...* á formar en el estrechísimo hueco de una mezquina gacetilla bibliográfica, en que no han de tocarle arriba de una docena de líneas cortadas por un patrón ya viejo y adoquinadas de lugares comunes y de frases breves.

EL IDEAL, que en todo es consecuente con sus principios revolucionarios, quiere echar por el suelo esta tradición, tan venerada como otras muchas, y para comenzar su tarea, aunque por esta vez, sólo por ésta, haya puesto el pandero en las manos que peor le pueden tañer, me ha encomendado el gratisimo trabajo, no de hacer crítica, que á esto sobrado sé que no llegan mis fuerzas, si no de decir lealmente lo que me parece la novela *La Fea*, que acaba de dar á luz uno de los escritores por quien desde hace mucho tiempo siento esa atracción, que aunque me esté mal el decirlo, y no creo que me esté mal,

ejerce en mí todo el que admira al más depurado buen gusto los primores de un estilo tan brillante como natural.

Ansorena es un poeta de cuerpo entero, como lo ha demostrado en las composiciones que casi siempre en el *Madrid Cómico* ha publicado. Sin ampulósidades ridículas, sin pesimismo amanerados, y sin erudiciones de guardarropia, piensa alto, da forma concisa y escultórica á su pensamiento, y tiene siempre una nota tierna, que sin hacerle caer en esos sentimentalismos cursis de que quizá con un poco de exageración se huye hoy, hace que sus poesías lleguen á su tiempo al corazón y al cerebro, cosa que á mi entender no logran todos los que ocupan los primeros puestos en la lírica moderna.

Ansorena ha querido poner su talento al servicio del teatro, y aunque su modestia no le ha consentido abordar aún, empresas que requieran todos los esfuerzos de que le tengo por capaz, los aplausos que el público y la crítica ha tributado á las comedias en un acto que ha estrenado en Lara, deben haberle demostrado que no debe contentarse con eso y que puede y debe aspirar á mucho más.

Por último, ha intentado la novela, y ese intento, que no ha salido frustrado ni mucho menos, ha dado por resultado el tomo elegantemente impreso, que si no estoy equivocado, la casa Jubera y Compañía ha puesto á la venta hace pocos días al módico precio de 250 pesetas.

La Fea, no es un ensayo en el difícil género literario más en moda hoy; y si lo es, fuerza es convenir en que si el que al probar sus fuerzas planea con toda seguridad, traza caracteres con tan firme mano delineados y da tal vida y colorido á una acción tan sencilla como lógica é interesante, cuando llegue á poseerse por completo de su papel de novelista, poco tendrá que envidiar á los maestros.

Penetrado por completo de las modernas escuelas, pero con bastante vuelo propio para no convertirse en servil imitador de los defectos de que muchos de los grandes sacerdotes de ellos adolecen, Ansorena ha hecho una novela realista pero no repugnante; ha dado á su libro, lo que ahora se llama una tesis, pero ha logrado desarrollarla cautivando la atención y no aburriendo al lector con disquisiciones filosóficas que nunca pueden salir bien en un libro de amena literatura; ha copiado en fin sus personajes de los que en el mundo viven, pero no ha rebuscado entre ellos los más repugnantes y asquerosos, por el sólo placer de presentar hediondes y miserias morales.

La protagonista, Lucía, mujer por dentro, monstruo de deformidades por de fuera, es un *Quasimodo*, hembra, menos brillante, pero más humano que el de Víctor Hugo. La lucha de sus pasiones, no desbordadas y violentas, sino fieles cumplidores de las leyes de la naturaleza, con el insuperable abismo que ofrece á su realización su fealdad física, constituye el libro, y conduce á una catástrofe, que conmueve tanto más cuanto que nada de rebuscada tiene.

Pero para presentar este personaje, Ansorena le ha rodeado de figuras, que si menos importantes en el pensamiento total, no está por ello más descuidada en punto á ejecución. Soledad, la hermosa chula, que ama de una vez y sin tener para nada en cuenta los convencionalismos sociales; Pepe, su novio, el rufián moderno, redimido por un amor tan verdad cuanto que se le mete en el alma por la única puerta que hay para llegar á ésta, los sentidos; Juan, el hermano de Lucía, prototipo de esas nulidades, que nostálgicas de un genio que no tienen, sólo se parecen al verdadero en que se olvida de mirar á la tierra que pisa; Sánchez, el pseudo-crítico, que incapaz de sentir nada grande, ni bueno ni malo, hace el daño sin más que por satisfacer su apetito de un temperamento vicioso y oprimido por la misma insignificancia de su carácter, son figuras que siendo las de más magnitud en el cuadro, no deja atrás, ni al bilioso é inepto Antuñáñez, el director nunca leído de *El Intransigente*, ni á Toribio el zapatero, ni aquella madre que esclava de su mal entendido amor filial, llegan á anular sus buenas cualidades por servir los vicios de su hijo.

Capítulos los hay en el libro de primer orden. La pintura de los bastidores del teatro, está hecha en *La Fea* con una sobriedad y un realismo de buena casta, como no creo que se haya hecho hasta ahora. La escena en que Soledad se siente madre, está interpretada con una delicadeza de verdadero poeta...

¿Por qué Ansorena que tiene quizá como principal dote de su talento esa delicadeza, se empeña á veces, una docena no más en la obra, en colocar en los parajes más tiernos frases y palabras de una crudeza que no le sienta bien?

Sin querer, me extiendo más, no de lo que el libro merece, sino de lo que el periódico consiente.

Lo que quería decir está ya dicho. *La Fea* es una buena novela y Ansorena se revela en ella como un novelista de verdad. Lean ustedes el libro y se convencerán de las dos cosas.

Lo que temo que no lean ustedes son estas líneas. Ni yo soy crítico ni he estado á la altura de la misión que me he impuesto. Una crítica en que no se hace más que alabar, y lo que es peor, con justicia, no divierte hoy á nadie.

ANGEL R. CHAVES.

LA ELECCIÓN DE CAMINO

Infeliz peregrino de la vida,
¿á qué tanto dudar,
si todos los senderos que tú emprendas
hacia la muerte van?

«Sigue con fe,» te dicen los que avanzan.
Sigue, sigue con fe,
que al cabo irás notando que las zarzas
te desgarran los pies.

Mas ¿qué es eso? ¿Te sientes fatigado?
¿Te niegas á avanzar?
¿No ves que el horizonte está diciendo
que hay algo más allá?

Hay algo más allá, ¿qué duda cabe!
pero al querer seguir,
¿quién habrá que te diga: «Esa es la senda
que te conduce allí?»

Y siendo así, nostálgico viajero
de un algo que no puedes descifrar,
sigue, pero no digas que caminas,
dí más bien que te empujan hacia allá.

ANGEL R. CHAVES.

UNA VISITA Á BEETHOVEN

¡Qué alegría tan grande sentí al verme al cabo en disposición de realizar mi propósito! ¡Cuánto gocé haciendo los preparativos de marcha! Poseído de una noble emoción, salí por las puertas de la ciudad para dirigirme al Sur. De buena gana hubiera tomado asiento en una diligencia, no porque me asustara la fatiga de un viaje á pie (que pruebas mayores soportaría con gusto por ver mi deseo cumplido), sino por el afán de llegar así más de prisa á Viena.

Desgraciadamente, mi fama, en calidad de compositor de *galops*, no era todavía suficiente para permitirme tal comodidad. Esta idea pudo inspirarme una resignación á toda prueba y, hasta me felicité por haber vencido tantos obstáculos.

¡Qué repleta llevaba la imaginación de brillantes ensueños! Un enamorado, al volver, después de una larga ausencia, al lado de su adorada, no sentiría latir su corazón más dulcemente que yo. Así atravesé las hermosas campiñas de Bohemia, ese país privilegiado de los arpistas y de los cantores nómadas. En una aldea encontré una de esas numerosas compañías de músicos ambulantes; orquesta errante, que se componía de un violín, un contrabajo, un clarinete, una flauta y dos cornetines, sin contar á un arpista y dos cantantes que poseían buena voz. Por algunas monedas, ejecutaban cualquier baile ó cantaban alguna balada, y después partían para repetir en otros lugares la misma canción. Un día volví á encontrarles de nuevo en mi jornada; estaban acampados al abrigo de una arboleda que lindaba con el camino, y ocupados en consumir un almuerzo frugal. Me presenté á la reunión como un camarada del oficio, y bien pronto fuimos amigos. Procuré informarme tímidamente de si su repertorio de contradanzas contenía alguno de mis *galops*; pero, á Dios gracias, ni de nombre los conocían, y esta ignorancia me llenó de alegría.—Pero, ¿tocáis también—les pregunté—alguna otra música diferente de esas contradanzas?

—Ciertamente—me respondieron;—pero solamente entre nosotros y nunca delante de gente. Al mismo tiempo desentendieron sus papeles de música, y mis primeras miradas cayeron sobre el gran septimino de Beethoven, y les pregunté sorprendido si era aquel uno de sus trozos favoritos. ¡Y tanto!—replicó el más anciano de ellos: si José no tuviese enferma una mano y pudiera llenar la parte de primer violón, ahora mismo nos daríamos el placer de ejecutarlo.—En un transporte de embriaguez artística, me apoderé vivamente del violón de José, ofreciendo mi buena voluntad para reemplazarle, y empezamos el septimino.

¡Qué sublime espectáculo, escuchar allí, al borde de uno de los caminos de Bohemia, esta magnífica obra, ejecutada por una banda de músicos ambulantes; con una pureza, una precisión y una profundidad de sentimientos tales, que son muy difíciles de encontrar entre los más devotos aficionados! ¡Oh, gran Beethoven! Fué un sacrificio digno de tu genio, y del que yo participé.

Habíamos llegado al final, cuando una elegante silla de postas, que no habíamos podido distinguir antes á causa de un recodo del camino, se paró silenciosamente en frente de nosotros. Un joven de talla sumamente elevada, y de un rubio no menos exagerado, recos-

tado sobre los cojines, prestaba atención profunda á nuestros acordes; después sacó de su bolsillo una agenda para consignar algunas notas, y arrojándola una moneda de oro, continuó su camino, dirigiendo á su criado algunas palabras en inglés.

Este acontecimiento nos distrajo un tanto: felizmente el septimino había acabado. Abracé á mis nuevos amigos y me disponía á emprender con ellos el viaje; pero me dijeron que iban á tomar los caminos transversales para volver á su ciudad natal. Yo les hubiera acompañado de buena gana, á no haber sido mi viaje un voto tan solemne; pero al fin nos separamos, poseídos de una emoción recíproca. Pasado un buen rato me acordé de que ninguno de nosotros había recogido la pieza de oro arrojada por el viajero inglés.

En la primera posada donde penetré para tomar un bocado, encontré á nuestro desconocido instalado delante de un abundante almuerzo. Me examinó con curiosidad durante largo espacio de tiempo, y dirigiéndome al fin la palabra, me preguntó, en mal alemán por el paradero de mis camaradas.—Han vuelto á sus casas—le contesté.—Entonces coged vuestro violón—me dijo—y tocad cualquier cosa; aquí tenéis dinero. Herido por su ofrecimiento, le respondí que yo no era un artista mercenario, y que, además, yo no tenía violón, y finalmente le referí mi encuentro con los músicos.—Son músicos excelentes—replicó el inglés,—y dignos de la hermosa sinfonía de Beethoven.

Tocado en mi cuerda sensible, pregunté al inglés si era también músico.

—Sí, me contestó; toco la flauta dos veces por semana; los jueves toco la trompa de caza, y los domingos compongo.

¡He aquí, me dije, un tiempo bien empleado!

Nunca había oído hablar del modo de viajar de los artistas ingleses, y juzgaba que el que me ocupa debía realizar buenos negocios para poder recorrer países con un tren tan brillante.—¿Sois, pues, un músico de profesión?—le dije. Después de hacerme esperar largo tiempo su respuesta, me contestó, recalando sus palabras con lentitud, que tenía mucho dinero. Comprendí en seguida mi torpeza, y me di cuenta de que le había chocado mi pregunta. Procuré disimular mi turbación guardando silencio, y terminé de prisa mi modesto almuerzo. El inglés, que continuaba observándome con atención, se acercó á mí y me dijo:—¿Conocéis á Beethoven?—Todavía no he estado en Viena, le contesté; pero precisamente ahora me dirijo allí, con el exclusivo objeto de satisfacer mi ardiente deseo de ver á ese ilustre maestro.—¿De dónde venís?—añadió.—De la villa de L...—¡Oh! Eso no está muy lejos; yo vengo de Inglaterra, y también con el único fin de conocer á Beethoven, y le visitaremos juntos; es un gran compositor.

¡Qué agradable encuentro?—me dije en mi interior. ¡Oh, mi ilustre maestro! ¡Qué peregrinos de naturaleza tan diversa atrae tu celebridad! Rico y pobre marchan á la vez por el mismo camino para venir á contemplarte.

Aquel inglés me interesaba, pero no le envidiaba su cómoda manera de viajar, me parecía que con mis humildes recursos ejecutaba una acción más digna que la suya, y que encontraría al fin de la jornada un goce más puro y más perfecto que el de aquel caballero escoltado por tanto lujo y tales comodidades. La corneta del postillón sonó, y el inglés volvió á subir al coche gritándome, para despedida, que vería á Beethoven antes que yo.

Después de haber caminado durante algunas horas, volví á encontrar al *gentleman* en la carretera.

Una de las ruedas de su coche se había roto; pero él estaba tranquilamente sentado en su sitio, y su criado reposaba también en el asiento exterior. Me dijeron que esperaban al postillón, que había ido á buscar un carretero á una aldea bastante lejana. Según me dijo el amo, había partido largo tiempo hacía, y como su criado no sabía hablar nada más que el inglés, decidí marchar yo mismo á buscarle para acelerar su regreso. Le encontré, en efecto, en un bodegón, ocupado en beber y sin preocuparse lo más mínimo de su dueño. Volví, por fin, con él, acompañado del carretero, y una vez compuesto el vehículo, el inglés volvió á partir, prometiéndome anunciarme en casa de Beethoven.

Grande fué mi admiración cuando al día siguiente volví á encontrar una vez más al noble viajero, parado de nuevo en el camino. Pero esta vez no se trataba de una rueda rota; estaba tranquilamente estacionado al borde del camino, y pareció muy contento al verme aparecer caminando con aspecto de cansancio.—¡Hola!—me dijo: hace cuatro horas que espero aquí expresamente por vos, porque estoy arrepentido de no haberos propuesto ayer que me acompañarais: es preferible hacerse conducir que ir á pie; subid á mi lado.—Admirado de su proceder, tardé algún tiempo en contestarle; pero me acordé del voto que había pronunciado, con el propósito de cumplirle á despecho de todos los obstáculos, mi santa peregrinación á pie, y así lo hice presente al inglés, que á su vez quedó sorprendido. Me repitió su oferta, añadiendo especialmente que me había esperado muchas horas; pero permanecí inquebrantable, y por fin partió solo, sin comprender el motivo mi de excusa.

(Se continuará.)

CONVERSACIONES FAMILIARES

EL AGUA

Es oportuno hablar del agua, porque en los últimos días de la anterior semana han caído sobre esta villa *coronada* verdaderas trombas, y como todo el mundo sabe que el agua es un cuerpo líquido, transparente, sin olor ni sabor en su estado natural, que se compone de una parte de oxígeno y de dos de hidrógeno, que además de esto tiene la propiedad de refractar la luz, de disolver muchas sustancias, de evaporarse cuando se la somete al calor y de cristalizarse pasando al estado sólido cuando *siente* los efectos del frío, que tiene infinitas aplicaciones, en las artes, en las industrias y en el uso doméstico, que refresca la atmósfera y da vida á las plantas y forma las fuentes y los arroyos y los ríos y los mares inmensos, claro es, tan claro como la gota de agua recogida en el cáliz de las flores, que no me propongo decir lo que nadie ignora.

Sin embargo, algo y aun algo podría decirse, que no fuera tan del dominio público, entrando á examinar, por ejemplo, cómo se forman las lluvias, por qué son constantes en ciertas épocas del año y más copiosas en unas regiones que en otras; hasta qué punto llega su poder como fuerza motriz; cuáles son sus efectos en la vida animal y vegetal y muchas otras cosas que andando el tiempo irán proporcionándonos asuntos para estas conversaciones familiares, dedicadas á la vulgarización de los misterios de la naturaleza.

¡Y no hay nada tan misterioso como una gota de agua!

Contemplarla con un microscopio de gran potencia y al mismo tiempo que os quedaréis maravillados de los progresos de la óptica, veréis un verdadero mundo en la gota de agua.

Vegetación nueva y asombrosa, seres infinitos que pasan por todas las manifestaciones de la vida en menos tiempo del necesario para dar la noticia de su existencia.



UN MUNDO EN UNA GOTTA DE AGUA

Allí estarán los *mónadas*, pequeñas bolitas que rápidamente cambian de forma, ya dilatándose, ya reconcentrándose en sí mismas. Esos mismos seres diminutos de organización rudimentaria se unirán unos á otros, como si estuvieran dotados de instinto, para constituir otros seres dotados de mayor perfección, á los cuales ha dado la ciencia el nombre de *volvox*. Estos *volvox*, como si fueran monárquicos acomodados en la mesa del presupuesto que paga el infeliz contribuyente, *lucirán*, así puede decirse, sus cuarenta estómagos, como si la naturaleza se hubiese complacido en satisfacer por completo su voracidad en el cortísimo período de su existencia, porque es de advertir que este diminuto sér, en el breve espacio de una hora, se forma, crece, come y produce ¡oh, asombro! hasta diez generaciones.

¡Nada tan grande como lo infinitamente pequeño!
 Pero estos *volvox* además de voraces, son guerreros. Se reúnen en grandes ejércitos, toman posiciones, y de este modo se aperciben á la lucha cuando se ven atacados por sus naturales enemigos, los *vibriones*.

Los *vibriones* son más largos y estrechos; parecidos á las anguilas, y son en el vinagre, mucho más comunes que en el agua.

Cuando éstos, convencidos de su fuerza, atacan á su enemigo, los *volvox*, destacan una pequeña avanzada como para hacer su reconocimiento y los demás permanecen ocultos detrás de alguna montaña, que suele ser un átomo de polvo, un granito de arena ó cualquier otro cuerpo de semejantes dimensiones caído al fondo del agua. Después, cuando no hay escape posible, porque el adversario adelanta resuelto á todo, salen los *volvox* de su escondrijo resueltos á morir ó vencer. A morir seguramente, porque los *vibriones* son más ágiles y más fuertes.

Pero hay algo más digno de observación en estas luchas encarnizadas que á todas horas y en todos los momentos se suceden en el mundo para nosotros invisible. Los *volvox*, al defenderse de los *vibriones*, causan á éstos grandes heridas, y por cada una de ellas surge una infinidad de seres semejantes: otros tantos *vibriones* que en el acto toman su puesto de honor en la batalla.

Esta multiplicación inesperada del ejército enemigo, concluye por abatir á los *volvox* y se les ve entonces retirarse desordenadamente dejando el campo cubierto de cadáveres.

(Continuará.)

OMIELI.

HERMOSURA Y PUREZA

La gracia seductora
 llena tu juventud, niña hechicera;
 dicen tus ojos límpidos: ¡Aurora!
 tu frente pura dice: ¡Primavera!
 Parece que tu mano
 lleva un lirio invisible.
 Don Juan te ve pasar, te mira en vano
 y murmura: — «¡Imposible!»
 Niña feliz, sé bella;
 niña feliz, sé pura:
 al resplandor divino que destella
 tu espléndida hermosura,
 el mundo se reviste de alegría;
 y del lóbrego bosque á la espesura
 llevas la luz del día.
 Con sus alas de gasa
 roza la avispa, que volando pasa,
 tu rosada mijilla;
 y, cual vuela á la llama esplendorosa,
 vuela, al fulgor que en tus pupilas brilla,
 nocturna moriposa.
 Es incienso aromático tu aliento,
 que sube al firmamento.
 Si la Grecia te viera,
 roto el velo que oculta tus hechizos,
 la Aurora ver creyera,
 cuando, de su flotante cabellera
 brillan los astros en sus sneltos rizos.
 Dos ángeles dichosos, que del cielo
 en el azul sereno se guarnecen,
 miranse con recelo,
 y con secreto espanto se estremecen
 cuando el hombre, serpiente ponzoñosa
 hija del mal y las tinieblas, osa
 clavar audaz mirada
 en tu alma pura, de la luz esposa.
 Y en la sombra te sientes halagada
 por invisible mano;
 y al ver tu pié descalzo, imprime ufano
 en él un ángel perfumado beso.
 Por eso tan feliz, tan inocente
 es tu risa, y por eso
 brilla tan pura tu serena frente.

VICTOR HUGO.

LA TABERNA

Contrastando con las tintas
 que emborronan la portada,
 y son ó verdes ó azules,
 con ribetes de oro y grana,

en el amplio escaparate
 que ilumina luz opaca,
 sobre un hule que sería
 blanco como nieve casta,
 pero en el que han salpicado
 productos de cosas varias,
 de tal modo que parece
 que está bordado de manchas,
 en platillos ó en cazuelas
 hay trozos, en formas raras,
 de bacalao rebozado
 y de merluza embozada;
 unos huevos, tan cocidos,
 que ya dentro el pollo canta,
 y unos filetes que pueden
 ser de mis botas las plantas;
 las milagrosas tortillas
 sin huevo y aun sin patatas;
 las hipócritas chuletas
 que el pan y el aceite agrandan;
 los tomates prematuros
 junto á las secas manzanas,
 y el queso, que sin ser Gruyer,
 gusanos antiguos guarda;
 algún limón ya sin zumo,
 y alguna almeja chupada,
 y algunas latas y botes
 de algunas conservas falsas;
 y en medio lloran, colgados
 de un palo que los aguanta,
 chorizos y longanizas
 de procedencias extrañas.

Véanse, á derecha y á izquierda,
 sobre no muy limpias tablas,
 licores embotellados
 de las más famosas marcas,
 y que por sobrado rancios
 pueden aumentar su fama,
 porque fueron los primeros
 que trajeron á la casa.
 En la tienda cuatro mesas
 y doce bancos que manchan,
 y en frente del mostrador
 una alhacena encarnada,
 y en ésta, y sentado, el pan;
 y en aquél, teñida, el agua,
 que aunque le dicen taberna,
 el vino apenas se gasta.

.....
 ¡Y de esto comen y beben
 los que riñen en su casa
 porque el mantel tiene arrugas
 y viene algo turbia el agua!

RAMÓN CABALLERO.

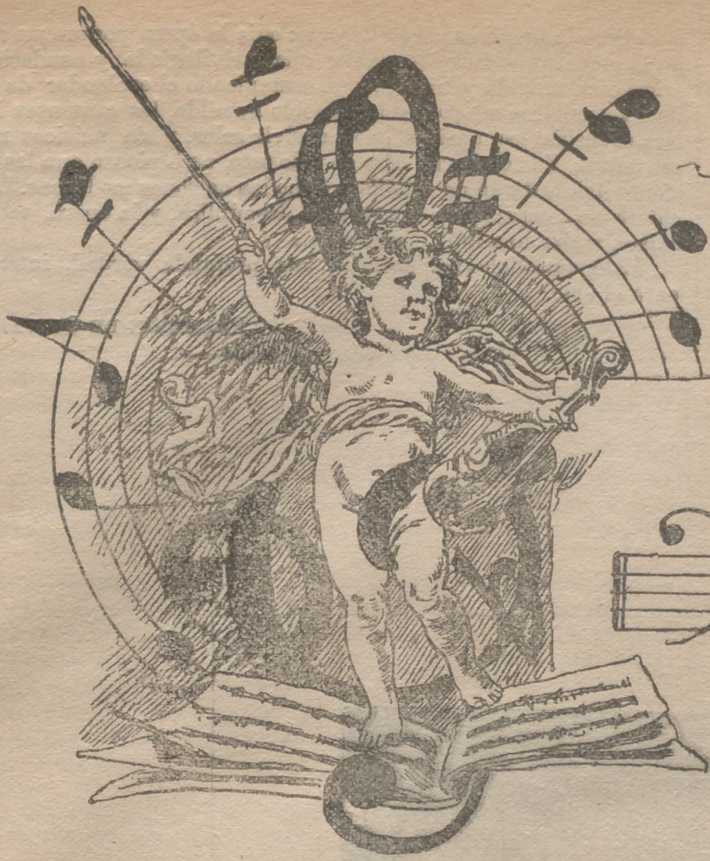
EL LAMENTO DEL NEGRO

Porque blanco no tengo el cutis,
 Y está mi cara como el carbón,
 Dicen las gentes de almas torcidas
 Que ya no *semos* hijos de Dios.

Yo tengo una madre,
 Querida del alma,
 Que al verme cautivo
 Llorándome está,
 Y el llanto del negro
 Sin cesar le aqueja,
 Igual que los negros
 Parece que está.

Si todos lloran como yo lloro,
 Si todos tienen un corazón,
 ¿Por qué unos dicen que son los amos,
 Mientras esclavo me miro yo?

Si es Dios nuestro Padre,
 Y somos hermanos,
 Y todos nacemos
 Por luego morir,
 Caín rencoroso
 De Abel fué verdugo:
 Abel es el negro
 Y el blanco Caín.



LA
Música

A LOS PROFESORES DE LA ORQUESTA DEL TEATRO
DEL
PRÍNCIPE ALFONSO

Hace algunos días que me propuse dirigir á ustedes una carta, explicándoles varias cosas que pienso acerca de puntos que á ustedes importan, y aunque nadie me haya pedido jamás tales explicaciones y acaso nadie se interese por conocerlas, cumpliré hoy mi propósito con la constante rigidez que pongo en todos mis trabajos y la pertinacia que me sirve para realizar todos mis deseos.

El arte lírico en el teatro está sujeto á muchas anomalías, hijas unas del escaso conocimiento que alcanza el público en asuntos musicales, y otras dependientes de una manera de ver errónea que se aplica en términos generales á todo lo existente. Así, lo extraordinario y lo agradable disputan la preferencia de lo puramente artístico que no todos estiman, porque para su apreciación requiérense condiciones no reunidas más que por escaso número de personas. Gentes habrá que pasaron la mayor parte de su vida manoseando un piano y asistiendo á la ópera, sin comprender el sentido ni la importancia de lo que oyeron y de lo que pensaron interpretar. Esos raudales de notas, ya lentas y espaciadas, ya fugitivas y atropelladoras, ya tenues, ya ruidosísimas, ya brillantes, ya oscuras, formando á veces apretado racimo, extendiéndose otras como niebla sutil, reuniendo sonidos que unos á otros se robustecen ó disgregándolos y extendiéndolos como el agua de la cascada que llega unida y estruendosa, formando un sólo cuerpo, y se deshace luego en hebras, produciendo mil ruidos: encierran el pensamiento del artista, como la flor su perfume delicado. Y ese pensamiento no siempre brilla ni siempre se revela; porque para brillar y revelarse, necesita un medio que favorezca su expresión. Estos principios no son especiales de la música, pero á ella se refieren más vivamente que á las otras artes. En literatura, por ejemplo, podemos también admirar una obra, saborearla, divertirnos con su lectura y no entender ni jota de su expresión artística, porque nuestro espíritu está muy lejos del espíritu creador: el Quijote resulta chino para la mayoría de las gentes que con su lectura se regalan. El encantador idilio que Pereda rotuló *Al primer vuelo*, fué chino para la señora Pardo Bazán, que habló de la obra sin haberle visto la entraña, sublime y amorosa. Yo declaro que leí hace mucho tiempo, sin enterarme, la famosa obra de Sterne *Viaje sentimental*, ese prodigioso modelo de humorismo inimitable, al decir de muchos. Balzac aseguró que no hubo en su tiempo 50 personas capaces de comprender la *Chartreuse de Parme*, de Stendal, un libro del que se han hecho ya varias ediciones y anda en manos de todo el mundo, sin que lo comprenda el público más ahora que hace medio siglo al tratar de su importancia el genio de *La comedia humana*.

Pues bien; si en literatura, la más franca expresión de la idea, puede ésta vivir escondida bajo una forma que se hace admirable; si esto sucede con las creaciones de pintura y escultura, ¿cómo no ha de verificarse á todas horas en el arte lírico, el más ignorado, el más difícil, cuya producción teniendo más dilatados horizontes que los otros redúcese á límites más estrechos?

Y vivimos engañados y engañándonos al tratar de la música y al recrearnos con ella como el que fingiendo vulgares ilusiones en el azul del cielo, que ya dijo el poeta: *ni es cielo ni es azul*, no estima la

grandiosidad del espacio, la idea infinita, muy superior á la bóveda de azul aparente.

Y damos á lo pequeño conocido la importancia de lo grande que desconocemos; y con las impresiones emocionales mezclamos rutinas mal estudiadas, pareceres ajenos goces materiales y cálculos inconvenientes.

La estrechez de criterio, la falta de sensibilidad, el deseo hacia lo extraordinario, el atractivo de lo agradable y la simpatía de lo fácil, determinan los gustos, las admiraciones y los entusiasmos.

Así llegaron á tener importancia los cantantes á costa de los músicos. La voz humana, con tal ó cual timbre y esta ó la otra extensión, valdría menos que las notas del violín si hubiese fábricas de gargantas como las hay de violines; y la carestía—ya lo dije otra vez—puede ser de importancia en el comercio, pero no dará nunca interés al arte. Que se pague mucho á un tenor, porque tales voces no abundan, me parece cosa prudente, y que se retribuya poco á un violinista regular porque los hay á porrillo, no es falta de lógica; pero al considerar como artistas al violín y al tenor, bien puede acontecer que le diera el primero al segundo ciento y raya. Además, un cantante de ciertas condiciones puede ser un hallazgo; pero se generaliza la idea y la palabra toma realce cuando se refiere á lo más insignificante. Así vemos los carteles y anuncios de temporadas teatrales donde se inscriben los nombres de los más ruines partiquinos y se cubren con cuatro palabras los de algunos hombres de mérito que necesitaron para ocupar su posición, trabajo, inteligencia y sacrificios abundantes.

El sastre y el apuntador y el mueblista, son personalidades en el cartel, y al final en la última línea se dice: 60 profesores de orquesta; y como si esto fuera poco, añádese á continuación: y 60 coristas.

¿Qué será un profesor de la orquesta, comparándolo con el tenor, después de ponerlo al nivel de un corista? Un átomo, escoria, nada; y, sin embargo, á veces reúne más méritos artísticos que toda la compañía en peso.

He ahí condensado mi procedimiento: yo no digo que se deje de considerar á los tenores, á las tipleas, á las contraltos, á los baritonos; tampoco digo, como algunos, que se les paga demasiado; no. Escasean, hacen falta, y hay que mimarlos, agasajarlos, complacerlos y buscarlos como un artículo de comercio en carestía, pero no confundir su valor comercial, que se lo dan la escasez y la falta de concurrencia, con su mérito artístico. Si de pronto aparecieran mil Gayarres, el precio de contrata y el agasajo social de un tenor, bajaría, pero su representación artística sería igual que la de ahora.

Claro está que si un cantante de facultades, además es artista músico y notable actor, merece por los tres conceptos repetidas admiraciones. Cuando esto acontece, un solo cantante puede valer más que toda una orquesta, que todo un teatro; entonces merece aplausos ardientes y admiración devota; pero esto, por desgracia, es un fenómeno tan extraordinario como las apariciones de un Miguel Angel, de un Shakespeare, de un Quevedo.

No siendo en estos casos, nada frecuentes, la gloria corresponde

más al músico que al cantante. Wagner lo creyó así; así lo irán creyendo también hasta los más inocentes aficionados en lo sucesivo; pero entretanto, el cantante será tirano del gusto y de la moda, poniendo á sus pies, con mundanas admiraciones, el trabajo legítimo del compositor y del músico.

▲ un correligionario nuestro, que todo lo ve á través del prisma político, se le ocurrió la siguiente comparación, que juzgo tan graciosa como acertada:

«Cuando voy al concierto, me parece vivir en plena república; las armonías condénsanse y se aunan, atendiendo á la mano del maestro que todo lo gobierna. El maestro es un músico, un compositor que sobresalió entre los demás, y por esta razón los rige á todos. Artista de su propia raza, sólo por sus elevados méritos distínguese de la muchedumbre...

«Pero la ópera es muy diferente: odio la ópera porque me recuerda la monarquía. Las dos razas; una privilegiada y bendecida por Dios; otra, sufrida y trabajadora, sosteniendo el esplendor de aquella. Los músicos me parecen el pueblo humilde, los cantantes la realeza soberbia; los músicos pueden vivir solos, y sin músicos no hay cantantes; Yo no sé gran cosa de todo esto, pero pienso que las diversiones líricas darán un cambio como las naciones modernas. La vida entera se acerca poco á poco á la República, y la ópera, tal como existe, realza una inútil gerarquía.»

Esto, aun dicho así, encierra una profunda verdad, interesante para el arte.

PALMERÍN DE OLIVA.



Avecilla enjaulada
vuelve á tu nido;
De la prisión dorada
te has redimido.
¡Triste del ave
Que ni volar ya puede
Ni cantar sabe!

M. DEL PALACIO.

EL CORREO DE CANEJILLAS

Chiquitín, regordete, afeitado el rostro limpio, y aseado el vestido, la mirada escudriñadora, y los labios ligeramente fruncidos como dispuestos á la risa, nunca desmedida ni imprudente sino callada y silenciosa, el correo que llevaba la correspondencia de Canejillas á la ciudad y viceversa, era tipo digno de estudio, y bien merece que el curioso lector pierda algunos minutos de tiempo á cambio de conocer un rasgo característico del sujeto en cuestión, rasgo nuevo y original en la forma; antiguo por desgracia en el fondo, gracias al interés y al egoísmo humanos que en todas las clases y en todos los tiempos avasallan nuestro espíritu, y desvían de su espontáneo impulso nuestras más puras afecciones.

Me hospedaba yo en Canejillas, ó como el pueblo se llame que, al correr de la pluma no lo recuerdo á punto fijo, en casa de un amigo, vecino frontero de lo que pudiéramos llamar administración de Correos; y el funcionario público encargado de la dependencia, entraba muchas tardes en nuestro patio para tomar, bajo el toldo y entre macetas de ebónibus, una taza de café, y echar luego una partidita de más.

Del alcalde abajo, Pedrín le llamaba todo el mundo en sus barbas, ó mejor dicho en sus carrillos, porque como he advertido las llevaba afeitadas; tenía esa malicia, propia del lugareño, que consiste en desconfiar por sistema, y no dar una contestación afirmativa, aun en el asunto más baladí, dejando entrever la indecisión de su carácter; y era hablador sempiterno; pero el muy ladino, nunca se espontaneaba confesando sus gustos é inclinaciones; cuando se le acosaba para que declarase su parecer en una cuestión, salía del paso contando un chascarrillo.

Como viese mi amigo que yo gustaba de hablar á Pedrín, y de estudiarle en sus detalles, por pequeños que fueran, díjome un día que para conocerlo bien no había sino asistir un rato á la hora de oficina, cuando guardaba las cartas en su balija de cuero, recibía encargos para la ciudad, ensillaba su potro y partía al galope más satisfecho que Gonzalo de Córdoba después de haber atravesado el Garellano.

Acepté gustoso la idea, y poniéndola por obra una tarde, después de comer mandamos llevar nuestro café á casa de Pedrín, vendiéndole la curiosidad por fineza, y luego del consabido más, nos brindamos á hacerle compañía en tanto disponía sus bártulos para el viaje, que entre ida, distribución de encargos, y vuelta á Canejillas, no pasaría de tres horas. Era de ver como al ir embaljando las cartas, con sólo ver la letra del sobre, ó leer el nombre de la persona á quien iban dirigidas, nos refería su contenido, contándonos de pasada, ce por ve la historia de remitente y consignatario, y sacando por ende á relucir ingratitudes de amigo, infidelidades conyugales, deudas no satisfechas; todo lo que es comidilla común entre gentes que saben murmurar con maestría.

Al acercarse la hora de partir, y mientras hacía los últimos preparativos de marcha, fueron entrando en la habitación, que servía de oficina, dormitorio y gabinete de recibir, algunas personas que, confiando más en el recado verbal de Pedrín, que en la carta del Correo, le hacían el encargo, no como funcionario público, sino como amigo particular.

—Acérquese á casa de Don Fulano—decía uno,—y avísele que el asunto del majuelo se devuelve hoy informado al Gobernador.

—Dígale á Don Zutano—añadía otro,—que la renta no he podido mandársela el día primero, pero que cuente con ella segura para el quince.

—Lléguese por la tienda del Pasiego—encargaba una mujer,—y que cuando mande al chico, envíe de camino media docena de tohallas de gusanillo.

Et sic de ceteris.

Los que conocían las prácticas de Pedrín venían ya con un papel pequeño donde, escrita con tal cual mérito caligráfico, y estilo que corría parejas con la escritura, le daban la apuntación; los que ignoraban esta costumbre, tenían que escribir allí mismo el objeto del recado, y alguna vez tomé yo la pluma, y apunté lo que el interesado, hombre de pocas letras, no sabía hacer por su mano.

No paré mientes en que para cada encargo reclamase Pedrín su apuntación, porque haciéndole muchos esta previsión era una necesidad á fin de que no se le olvidase ninguno; lo que me causó extrañeza fué el ver que todos los papelitos extendidos sobre la mesa por el orden con que se iban entregando, pero separados unos de otros de forma que se pudiesen revisar de un solo golpe de vista.

Conviene saber que algunos de los comitentes, no todos entregaban una módica cantidad como retribución del servicio reclamado, diez, quince céntimos, un real en perros el más rumboso; y Pedrín colocaba con cuidado sobre cada una de las apuntaciones su dinero correspondiente.

Llegó la hora de partir, ensilló Pedrín el potro, y cuando se marchó la gente, llegándose á la mesa donde estaban las apuntaciones, se inclinó de bruces, y sopló con fuerza; claro está que los papelitos que tenían dinero encima resistieron tenaces el impulso violento produci-

do por los pulmones de Pedrín, y que las apuntaciones desprovistas de aquel pesapapeles tan codiciado volaron repentinamente hasta caer al suelo. Hecha esta operación preliminar, envolvió en cada papel los céntimos entregados por el dueño; sin duda de este modo podría calificar en tiempo oportuno la importancia del encargo con arreglo á la propina recibida; echóselas todas en el bolsillo de su chaquetón, nos dirigió una sonrisa burlona al notar que le mirábamos sin decirle palabra, montó á caballo, despidiose de nosotros, y haciendo tomar al potro el pasito castellano, desapareció á lo lejos de la calle Real.

¡He aquí el hombre!—dijo mi amigo. Solo el dinero hace peso en su actividad: la virtud desaparece al más ligero soplo. Hoy no presta un favor quien no recibe otro en cambio, como el correo de Canejillas.

CARLOS CAMBRONERO.

Ecos políticos

La especie tan falsa como mal intencionada de algún *reporter* escaso de noticias, no ha resultado.

Nuestro ilustre amigo el Sr. Pi y Margall asistió ayer á la sesión del Congreso, y se propone no faltar á las sucesivas, siempre que se haga algo de provecho.

¡Que es precisamente lo que no saben hacer los amigos del crítico aludido.

No sirven para nada.

* *

La Comisión de actas en la reunión de ayer acordó declarar graves las de Miranda, Murcia y Oviedo, estas últimas en las circunstancias.

Además se examinó el acta de Infiesto, la que parece declararse grave, si bien aún no se ha tomado acuerdo concreto respecto á este punto.

En cuanto á las de La Cañiza, Guernica y Carmona, se han declarado leves.

* *

El principal asunto de que trató la Junta directiva de la Unión Republicana, que se reunió anoche en casa del Sr. Pi y Margall, fué el aplazamiento de las elecciones, á cuya medida acordaron los presentes oponerse por todos los medios.

Con este fin se preparan *meetings* de protesta, y es fácil que pronto salgan para provincias caracterizados republicanos, con objeto de remover la opinión en el sentido indicado.

* *

La cuestión del Censo en la Junta central está ya prejuzgada.

Para lograr á todo trance el deseado aplazamiento, los monárquicos quieren que se dé cuenta á las Cortes de la falsificación, y así lograrían su propósito, pero los Sres. Salmerón y Cervera se oponen, queriendo que antes se cumpla la ley, esto es, que se verifiquen las elecciones antes del 15 de Mayo.

Y como nuestros amigos están en minoría en la ponencia de la Junta central, hemos de esperar discusiones serias.

* *

Parece que en la fiscalía del Tribunal Supremo se están *espavilando* con motivo de la última comunicación respecto á la falsificación del Censo.

¡Más vale tarde que nunca!

NOTICIAS

UN ROBO IMPORTANTE

En casa del senador Sr. García Tuñón se cometió ayer un robo de alguna importancia, consistente en varias joyas, diez y siete onzas de oro y algunos billetes del Banco de España; en total unas 50.000 pesetas.

Parece que el autor del robo es un criado llamado José Romero, que ayer por la tarde desapareció de la casa, sin que haya sido posible encontrarlo, á pesar de cuantas pesquisas ha hecho la policía para averiguar su paradero.

Un criado que servía en casa del general Sr. Cortés, Barquillo 32, bajo, se suicidó ayer, colgándose por el cuello á una cuerda que había fijado al montante de la puerta de su cuarto.

Mañana se celebrará la vista pública ante el Jurado en la sala tercera de esta audiencia, á la hora acostumbrada, de una de las causas que se siguen á nuestro estimado compañero en la prensa *Demófilo*, por supuesto delito de imprenta, al publicar un artículo con este título tan absolutamente verídico «La concentración republicana está hecha.»

Defenderá al acusado el distinguido abogado Sr. Muñoz y Rivero. Inútil nos parece añadir que esperamos un fallo absolutorio

Junta municipal del Censo

Ayer mañana se reunió en el salón de sesiones del Ayuntamiento la Junta municipal del Censo, con asistencia de bastantes concejales y de los exalcaldes señores duque de Sexto, Bosch, Avaler y Orcasitas.

La lista de inclusiones y exclusiones presentadas contenían unos 15,000 nombres.

A las dos y media de la tarde se constituyó la Junta en sesión secreta, nombrándose una comisión compuesta de los Sres. Novella, Ariño, Salvador, Sánchez (D. Simón) y Orcasitas, para que dictaminen en lo referente á las inclusiones y exclusiones y entienda en las reclamaciones que sobre el particular se hagan, dando cuenta después de los trabajos que se verifiquen á la Junta general.

¿Quiéres?

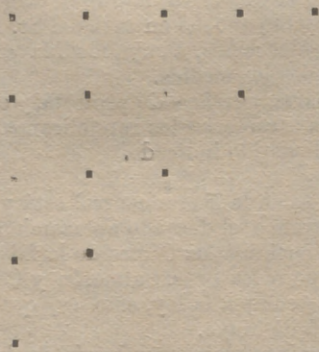
En la corola de la flor se esconde
la gota de rocío,
y evaporada luego entre perfumes
vuelve hasta la región de que ha nacido

Un beso mío se ocultó en tus labios,
llegando por sorpresa.
¡Haz tú que entre perfumes de cariño,
Al punto en que nació, mil veces vuelva!...

R. O. BENEYTO.

PASATIEMPOS

TRIANGULO DE PALABRAS



Primeras líneas: signos que contiene este periódico.
Segundas: se ven en el mar.
Terceras: Forma una gran parte del mundo.
Cuartas: en la baraja.

**

CHARADA

Una letra es mi primera
nota musical la dos
la tercera es un pronombre
y el todo un conquistador.

F. IBÁÑEZ.

SOLUCIONES A LOS DEL DOMINGO ANTERIOR

AL CUADRO DE PALABRAS

M O N O S
O T E R O
N E N E S
O R E J A
S O S A S

AL TRIANGULO DE PALABRAS

P A P E L
A M O S
P O N
E S
L

A LA CHARADA.—RE-CLA-MO

AL GEROGLÍFICO

Pasa el pobre angustias mil, cobra el rey lista civil.

GEROGLIFICO

MARTE
VENUS
PAN

D

yad +

1

(LA SOLUCIÓN EN EL NÚMERO PRÓXIMO)